

Vol. XXIX— Octubre y Novbre. de 1934 —Ns. 289—290

REVISTA del COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura

D. D. J. V. Castro Silva



Nova et vetera

BOGOTA—MCMXXXIV

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 5.^a NÚM. 18-81

Lisandro Franco B.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Octubre y Noviembre de 1934

MIS IMPRESIONES SOBRE BERGSON

I. La Filosofía de Bergson, como solución al problema de la vida, no explicado por Taine, el determinista, ni Comte, el positivista, ni Spencer, el evolucionista, vino a cambiar los horizontes ampliando los antiguos. Es la expresión concretizada de las inquietudes del siglo XX en sus comienzos.

De la Filosofía de Bergson puede decirse lo mismo que se afirma de Ferri: «Sus obras y su vida no fueron sino el desarrollo de su tesis de grado». La tesis doctoral de Bergson fue el conocido libro llamado *Les données Immédiates de la Conscience*, en cuyo título se esbozan ya en síntesis casi todos los problemas cuya resolución inquieta al espíritu investigador del filósofo francés. «Datos—o sea—de qué conoce el hombre y de qué debiera conocer». Inmediatos—Con esta palabra empieza a sugerir la parte más brillante de su teoría: la Intuición.—Conciencia representa el problema de la Vida, de la Dualidad, de la Unidad.

II. Al hacer nuestro estudio, debemos ajustarnos (y en ello aplicamos el método bergsoniano) a la trayectoria que nos señala la misma filosofía en cuestión. Intentamos desarrollar los siguientes puntos: a) Ambiente en que germinó la nueva concepción filosófica; b) El método empleado por Bergson en sus Inquisiciones de

CONTENIDO

HISTORIA Y LITERATURA:

Mis impresiones sobre Bergson, por <i>Tomás Lombo</i>	427
Discurso del Dr. José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en la sesión de clausura del año escolar de 1934.....	447
La autonomía del Colegio Mayor del Rosario, defendida por su Rector don Rafael Rivas en 1859.....	462
Naturaleza y gracia, por <i>Alfonso Carbonell</i>	493
Sonetos, por <i>Alejandro Araoz Fraser</i>	519
Clausura de estudios de 1934.....	522

la verdad; c) La nueva teoría que da de la conciencia el pensador francés; d) En este último punto trataremos de decir algo respecto a la Percepción y a la Intuición bergsonianas.

Ambiente

La Filosofía que dominaba en el siglo pasado era la positivista, con sus diversas formas, determinista y evolucionista, consecuencia lógica quizá del entusiasmo que causó a la Humanidad el vuelco que daban las ciencias, vuelco que nuestros antepasados admiraron y adoraron como lo pudimos apreciar en esta Aula al conocer la variada figura de Renán.

Es el período del «Ciencismo», reducido y confinado a la Física y a la Química, que, conforme se creía, habrían de salvar a la Inteligencia de errores y dar a la Sociedad la felicidad, pues, por más que no se amaran las especulaciones, ésta teoría trajo como natural resultado la Moral del Hedonismo Social, que es pura especulación.

En medio de este asfixiante «Ciencismo» hubo, sin embargo, algunos pensadores reflexivos, que, dándose cuenta de que tales exageraciones habían descarriado la mente de la verdad, pugnaban por libertarse del empirismo obsecador. Con todo, ninguno de ellos llevó a cabo la renovación ansiada, ya sea porque afrontaran otros problemas, ya porque les faltaran las fuerzas necesarias a una regeneración, o ya finalmente porque no hubiera llegado todavía el momento propicio. El hecho fue que el mundo filosófico hubo de esperar la seductora figura de Bergson para dar un giro nuevo a la investigación del enigma del universo. Es, pues, Bergson el intérprete de las preocupaciones de estos tiempos, y quien trata de atar los polos opuestos de un objetivismo cerrado y un subjetivismo orgulloso. Comprendió que en la filosofía se habían verificado dos movimientos contrarios:

uno de descenso a lo experimental puro, otro de ascenso exagerado a lo ideal. El quiso soldar esos dos esfuerzos. Veamos si lo obtiene y cómo lo obtiene.

El método bergsoniano

El Método de Bergson debe buscarse en los principios en que se apoya: la Ley de la Unidad y la Conciencia, secreto y base de todo lo existente. Por tanto, su método es ante todo introspectivo: de la Introspección deduce él qué es el mundo, de ella extrae toda su doctrina.

Para obtener una clara comprensión de su doctrina, para no escandalizar a nadie con las conclusiones que de ellas se deducen, para no creernos, al estudiarla, en un mundo utópico, de fantasía original y desconcertante (primera ilusión del lector novel), es preciso contemplar detenidamente el camino que recorrió Bergson, acompañarle en su peregrinación, juntarnos a él, penetrar hasta su corazón y hasta su mente, dejarnos guiar y mecer por su palabra, asimilándonos a él en cuanto más sea posible; entregarnos por un principio a su personalidad, viviendo como él, hablando como él, moviéndonos como él. Así nos veremos pronto arrebatados por una corriente impetuosa que se desliza con rapidez inusitada y nos transportará a un horizonte jamás visto ni soñado. Allí le estudiaremos, le revolveremos, le interrogaremos, como Dante interrogaba y colocaba frente a él a su Maestro Virgilio. Con este medio Bergson dejará de ser el filósofo ofuscante, para convertirse en personaje familiar y vívido, dejará sus caracteres de vaguedad borrosa, de abstracción y de generalidad y adquirirá poco a poco una realidad individual, palpitante, calurosa. En una palabra: fluctuaremos, sentiremos, viviremos como él, tendremos la Intuición bergsoniana de Bergson.

Este método que intentamos aplicar en el estudio de Bergson es el propio método de investigación, filosófica de la verdad que Bergson emplea y aconseja, el método que establece, explica y defiende en toda su doctrina, que al decir de muchos, «es escándalo para los contemporáneos, rasgo genial para la humanidad de cien años más tarde, evidencia común al cabo de algunos siglos, y axioma instintivo al fin».

Aplicando el método bergsoniano, no pretendo ni quiero hacer una disertación asombrosa, ni adquirir un lucimiento inútil, solamente quiero que hagamos hoy una lección vivida, una meditación simpática de Bergson.

En 1889 Bergson se internaba en su conciencia como para practicar en su soledad el ayuno renovador de Gandhi, para salir luego de ella rico con los *Datos Inmediatos de la Conciencia*, donde se maravilla el lector con la sutileza de sus observaciones, con las invenciones incalculables que allí hace, con el inmenso campo que nos ofrece para la conquista de la propia conciencia; admira por la reflexión profunda, por el misterio siempre terrorífico de nuestro interior, por las visiones instantáneas fugaces que se presentan al lector.

En 1896, siete años después, se nos presenta en *Materia y memoria* haciendo frente al problema de la comunicación entre el yo y el no-yo; estudia en dicha obra la Percepción y el Recuerdo; deshace la confianza en nuestras percepciones, se nos muestra escéptico de todo lo que conocemos en la vida. Pero su escepticismo no es más que el afán de quitar a la mente el velo egoísta y utilitario que le oculta la verdad; no desconfía proplamente de la razón, sino de los hábitos intelectuales, que falsean nuestro conocimiento; él procura deshacer esos hábitos para poder entregar su mente en brazos de la verdad.

No quiere partículas de verdad, sino la verdad toda entera; no quiere vistazos rápidos, sino fulguración con-

tinua e integral; no quiere una simple fotografía estática, inerte, inmóvil, sino la realidad total, en movimiento, en vida, en su inquieta y furiosa ondulación. Quiere traspasar, allanar y dominar la muralla que se le interpone entre él y la realidad. Bergson es en *Materia y Memoria* el héroe conquistador de la verdad, es el condensador de todas las inquietudes, ansiedades y zozobras de la humanidad frente al misterio del «¿porqué?». Otros dirán, no yo, si esa muralla contra la cual dirige sus embates es el «molino de vientos del siglo XX».

En 1907 sale a la luz pública *La evolución creadora*, en que ya se muestra perfeccionada la nueva filosofía. Estudia el problema capital de su doctrina: la Vida, con sus manifestaciones, su naturaleza, su origen, sus relaciones, etc. Analiza el espíritu, observa la materia, y quiere luego explicarse y hacer la síntesis del cuerpo y del espíritu; el instinto le llama la atención, la inteligencia le seduce, y quiere servirse de ambos para forjar la Intuición, para reducirlo todo a una sola cosa: Movimiento, Evolución, Devenir. Ya no le inquieta tanto la dualidad del conocimiento, que da por resuelta con la Intuición, cuanto la multiplicidad del universo, la diversidad de principios, el acto, la potencia, todo lo quiere exprimir, todo lo quiere condensar, todo lo quiere explicar con una palabra mágica: Devenir.

Tal es, a grandes líneas, el camino, la trayectoria del ágil pensamiento bergsoniano, que ora desciende a la conciencia para someterla a su servicio, para arrancarle el secreto de la piedra filosofal que convierte todo en Uno; ora asciende a la superficie, domaña a la Inteligencia y por último agarra al universo-mundo, lo estrecha con su mano y le lanza al Movimiento.

Vista la trayectoria, detengámonos en su método de manera clara y precisa, pues en él está toda su filosofía, que, como él mismo lo da a entender, es más que todo un método, es acción, es vida. De manera que para

comprender su doctrina, basta, no tanto leer sus obras cuanto observar su método, porque él escribió no sólo lo que pensaba, sino como pensaba.

A través de todas sus obras puede apreciarse el método de Bergson: esfuerzo por olvidarse provisionalmente para rehacerse un espíritu libre y nuevo; el trabajo por proveerse de información positiva para alentarla con invención atrevida; inmensos trabajos de aproximación a lo cierto y real con una paciencia asombrosa, que es la virtud principal del filósofo; constante vigilancia en los menores detalles, hasta en la influencia de una palabra en la imaginación, que estorbará el juicio claro; la crítica más minuciosa y severa de los pliegues y repliegues de los datos, de las circunstancias, de las facultades, del objeto, etc. En este método vemos que Bergson no desconfía de la razón, sino del modo como la aplicamos. No confía en la concepción y se ve impulsado a la Intuición,

Oigamos al mismo Bergson: «La impotencia de la razón especulativa, tal como Kant la ha demostrado, no es quizá en el fondo más que la impotencia de una Intelligencia sujeta a ciertas necesidades de la vida corporal y ejercida en una materia que ha sido preciso desorganizar para la satisfacción de nuestras necesidades. Nuestro conocimiento de las cosas ya no sería entonces relativo a la estructura fundamental de nuestro espíritu, sino solamente a sus hábitos superficiales y adquiridos, a la forma contingente que se nutre en nuestras funciones corporales y en nuestras necesidades inferiores. La relatividad del conocimiento no sería, pues, definitiva. Al deshacer lo que nuestras necesidades han hecho, restableceríamos la Intuición en su pureza primera y volveríamos a entrar en contacto con lo real» (*Materia y Memoria*).

Allí podemos observar que para Bergson lo que nos impide conocer no es la impotencia de la razón, sino

ciertos obstáculos de la vida cotidiana, las preocupaciones constantes y las alteraciones de nuestros conocimientos, alteraciones provenientes de vicios intelectuales, cosas todas que se pueden y deben corregir con un método de crítica rigurosa.

Y ya es tiempo de entrar al estudio de su teoría del conocimiento, que es la cuestión más interesante para nosotros, ya que todavía no hemos llegado al estudio ni del tiempo ni del espacio ni del evolucionismo, capítulos de la metafísica donde necesariamente habremos de tropezar con Bergson, puntos todos ellos de grande interés y que podrían ser el objeto del estudio particular de uno de mis compañeros, quien no dudo lo haría con el acierto que a mí me ha faltado.

En el estudio de su filosofía, apliquemos su método, vivamos su doctrina, hagamos un recorrido sintético, como en una cinta cinematográfica, en la cual podamos tener la misma sensación del autor en su viaje por los dominios de la filosofía.

De la Introspección deduce él cuál es la naturaleza de la conciencia; de la naturaleza de la conciencia saca una apreciación original de las facultades del hombre; con estas facultades construye toda una filosofía del no-yo y luego establece qué conocemos y qué debemos conocer.

Conciencia

«Nosce te ipsum» ha sido siempre la máxima del ser filosófico que llamamos Hombre, aun antes de que Sócrates la aconsejara como vía de Filosofía. La conciencia es lo que permite al hombre adelantar en sus inquisiciones, lo que le caracteriza y diferencia de los demás seres del universo.

Todos los filósofos se han servido de la Introspección, pero ninguno con la originalidad pasmosa de Bergson, quien ha llegado a revolucionarlo todo, a invertir el orden preestablecido en este ramo.

Los pensadores anteriores a él, aun los más introvertidos, como Kant, quién lo creyera, se habían preocupado más del mundo exterior que del interior. En efecto: todos se habían dedicado a estudiar la influencia más o menos grande ejercida por la conciencia sobre el conocimiento del no-yo, donde claramente se ve que el objeto final de todas sus investigaciones era principalmente el mundo exterior, y si se introvertían no era para profundizar sino para mirar como a través de un prisma misterioso los fenómenos del mundo exterior.... Se había tomado la conciencia como un instrumento, como un medio y no como un fin. Considerada así la obra de sus predecesores, Bergson tomó un rumbo nuevo: hizo de la conciencia el fin de su Filosofía, para poder apreciar en ella la armonía que deben guardar el no-yo con el yo, para convencerse de cómo, al llegar a cierta profundidad en la conciencia esos dos mundos tan opuestos en apariencia, vibran de consuno, se inter cambian, se alternan, se confunden en una Intuición.

Acompañémosle en su peregrinación al antro tenebroso. Veamos cómo procede.

En el primer momento de descenso experimenta una contrariedad, que le conmueve hondamente, pues proviene de un obstáculo que le imposibilita la marcha. Se detiene, observa, reflexiona. «¿Por qué no puedo seguir? ¿Por qué siento que me atan los miembros? ¿Por qué todo mi ser tiembla, se extremece?» Al poco rato su rostro se ilumina. Eureka! La red que lo enmaraña está descubierta. Es un defecto intelectual. La filosofía le había enseñado que el mundo se coloreaba con el yo, que todo adquiriría el tinte del cognoscente; confiado en ello, creía que la conciencia estaba libre, independiente, que dominaba al mundo, sin ser dominada por él; pero ahora se convence de que no hay tal independencia completa. Aprende que la conciencia se encuentra coloreada por el no-yo y que no la podemos,

por ello, observar en su pureza nativa; que si la conciencia conquistó el mundo, sufrió también la conquista del mundo; que miramos la conciencia con los ojos con que observamos el exterior.

Oigámos sus propias palabras: «Nos ha parecido que existía motivo para plantearse el problema inverso y preguntarse si los estados más aparentes del mismo yo, que nosotros creemos aprehender directamente, no serán percibidos en la mayoría de los casos a través de determinadas formas tomadas del mundo exterior, el cual nos devolvería así lo que nosotros le hemos prestado. A priori, parece bastante verosímil que las cosas ocurran así. Porque suponiendo que las formas de que hablamos, y a las cuales adaptamos la materia, proceden del espíritu, parece difícil hacer una aplicación constante de ellas a los objetos sin que éstos pronto las impregnen con su propio color: utilizando entonces estas formas para el conocimiento de nuestra propia persona, nos exponemos a tomar por la coloración misma del yo un reflejo del marco donde le colocamos, es decir, en definitiva, del mundo exterior. Pero podemos ir más lejos, y afirmar que formas aplicables a las cosas no podrían ser completamente obra nuestra; que si nosotros damos mucho a esta materia, sin duda recibimos algo de ella; y que así, cuando intentamos posesionarnos nuevamente de nosotros mismos, después de una excursión por el mundo exterior, ya no tenemos las manos libres» (*D. I. de la C.*).

Esta nueva concepción de la conciencia, esta dificultad consiguiente, le llevaron a inventarse un método de zapa con el cual esclarecer el camino y «poder contemplar el Yo en su pureza original, eliminando o corrigiendo determinadas formas que ostentan visiblemente las huellas del mundo exterior».

Estas formas son principalmente Número y Espacio, verdaderos residuos que nos deja la percepción del ex-

terior. Acostumbrado el hombre a mirar más hacia fuera que hacia dentro, adquiere pronto el vicio de apreciarlo y clasificarlo todo en dos categorías análogas a las que nos muestra Kant: Número y Espacio.

Estas formas espaciales y numéricas bajo las cuales han considerado casi todos los hombres la realidad de su yo con todas sus facultades y fenómenos, aunque otra cosa hayan pretendido en teoría, son precisamente las que Bergson quiere derruir por considerar falsas y estorbosas para su teoría de la Evolución, del Devenir y de la Intuición.

En efecto: un yo divisible o numérico no le sirve para explicar la portentosa evolución de una substancia que desplegándose y replegándose continuamente en su propia duración se modela sin cesar. Quiere un yo Uno que puede rodar, progresar, devenir, sin deshacerse o descomponerse en piezas inertes. Un yo dividido o espaciado, mucho menos le convendrá para construir la intuición, que no permite limitación, ni barrera, ni franja alguna en el cognoscente o en el conocido.

Se comprende así claramente el por qué ese afán de Bergson por reducir a la nada esas formas de espacio y número; de suerte que bien puede decirse que no otro objeto persigue en su *Materia y Memoria*, libro luminoso en donde muestra la capa espesa que envuelve al yo, ocultándola a nuestra mirada, explica la formación de esa capa y por último la levanta para contemplar el yo en su simplicidad original.

Vivimos más fuera que dentro de nosotros. De suerte que nuestra conciencia, que por dentro es un fluido único, simple, aparece al exterior y en su superficie como con una corteza condensada por el frío exterior y endurecida por la acción; hay allí una maraña de hábitos yuxtapuestos, inmóviles, innumerables como cosas distintas y sólidas, de contornos precisos, de relaciones maquinales. Esta corteza muerta y rígida es lo que da

tanto valor a las ideas de Espacio y Número, y la que impide la Introspección.

Rota esta corteza, muy distinto se nos presenta el Yo, con todas sus características profundas. Nada encontramos en él de cuantitativo, de numerable: la intensidad de un estado de conciencia no es dimensión alguna; se evade y se substrahe a la medida. Ello es cierto, ya se trate de un estado psicológico simple, como la sensación, ya se trate de uno de esos estados complejos, de difícil apreciación, como una alegría o un dolor profundos. Por ejemplo un movimiento, primero débil y humilde, se verifica en nosotros, un deseo ha llegado paulatinamente a convertirse en una pasión profunda. Veréis que la débil intensidad de este deseo consistía primeramente en que os parecía aislado y como extraño a todo el resto de vuestra vida interna. Pero poco a poco ha penetrado en un mayor número de elementos psíquicos, tiñéndolos, por decirlo así, con su propio color; y hé aquí que vuestro punto de vista sobre el conjunto de las cosas parece ahora haber cambiado. ¿No es verdad que os dáis cuenta de una pasión profunda, una vez contraída, por el hecho de que los mismos objetos no producen ya en vosotros la misma impresión? Todas vuestras ideas os parecen remozadas: es como una nueva infancia». Qué nos indica esta observación? Que en el yo no hay magnitud alguna susceptible de un menos en un más; que todo en él se entrelaza, se mezcla; que no hay sino mayor o menor intensidad en los estados de conciencia; que ellos son como las notas cada vez más crecientes de un mismo instrumento, que, sin cambiarse de ningún modo en otro, sin alterar la nota, va produciendo infinitud de tonos, cuyas vibraciones repercuten en todas las bóvedas internas, las conmueven y agitan, produciéndose una repetición de la misma nota, pero siempre en intensidad creciente.

En este momento el Yo se le presenta a Bergson como un remanso de limpidas y tranquilas aguas, que forman un solo y único lago, donde un estado psicológico es, si se perdona la figura, como un peso que se lanza dentro de él y repercute en todas y cada una de sus partes, en ondulaciones coordinadas, apacibles, perfectamente bellas, si ese estado se armoniza con toda la unidad del lago; pero, si no, las olas serán gigantes, desbordantes, turbias. Y héme aquí que para Bergson, el pensamiento es la ola, y la ola el movimiento, el cual es el Yo mismo.

El alma es una y se encuentra toda entera en todos los fenómenos psíquicos. Aquí mejor que en parte alguna cabe recordar la estatua de Condillac: «Yo soy color de rosa», decía ella confundiendo con la misma sensación. El Yo es para Bergson lo que la estatua de Condillac. Un soplo, un temblor de hojas, un rayo de luna, una pieza de música, nuestras palabras, nuestros gestos, todo ello es un solo y único Yo. Un pensamiento, un sentimiento, un acto revelan todo una alma. ¿Cómo se explica todo lo dicho, si no se admite que en el alma no hay las limitaciones pretendidas por el análisis, fruto de nuestra predilección por lo espaciado y dividido?

Todas las divisiones, demarcaciones o delimitaciones que hacemos en el alma, buscando en ella tres vidas: una afectiva, con su facultad emotiva; otra intelectual, con sus facultades propias, entendimiento, razón, memoria, imaginación, etc., otra activa, con su facultad llamada voluntad, con sus resortes poderosos, las pasiones; todas ellas son absolutamente artificiales, producto de una tendencia a hacerlo todo manejable, el resultado de un afán por expresarlo todo de la manera más rápida y mecánica; es el defecto de un lenguaje espacial y temporal; de una imaginación estática, que quiere estereotipar, inmovilizar, lo que es puro movimiento y vida.

De ese lenguaje inerte, inmóvil que empleamos para hablar de la conciencia debemos cuidarnos mucho, quizá más de lo que creemos. Cómo hablar del movimiento con estas palabras nuestras, rígidas, intermitentes? ¿Cómo hablar, por ejemplo, de las sutiles relaciones temporales, con nuestros verbos que encierran ya en sí la idea del tiempo? Pues bien: muchas veces tomamos el signo de una idea por la idea misma, y jugamos con las ideas como si se tratara de meras palabras, o de instrumentos de hábil malabarista. Eso precisamente es lo que ha acontecido con el alma: necesitamos expresar nuestros diversos estados de conciencia; no encontramos otro medio si no es la palabra y la imagen; ese lenguaje es impuesto por la vida, por la necesidad de una comunicación automática y ligera; y pronto aplicamos ese automatismo a lo que nada tiene de ello; y así no es de extrañar que esa sed de hacerlo todo materia útil y manejable nos conduzca a suponer realmente dividido lo que no es divisible siquiera y a espaciar lo que no puede tener magnitud. Se habla de las regiones diversas de la conciencia, y pronto se la cree realmente dividida.

Bergson se dio cuenta de este peligro y de este error, lo evadió y descubrió que la conciencia es Una y Múltiple a un mismo tiempo: una, en cuanto se presenta toda entera en cada uno de los estados de la psicología; múltiple, en cuanto puede revestir gran número de modalidades, sin que por ello deje de ser la misma. No hay, pues, peligro a caer en contradicción cuando se afirma que el Yo es Uno y Múltiple a un mismo tiempo. El Yo, permaneciendo el mismo, puede revestir diversas modalidades. Aquí debe tenerse presente el no aplicar a las ideas el juego engañoso de las palabras.

Y que toda el alma se encarne en sus estados; el que se encuentre absolutamente en cada uno de ellos, y que éstos, en su flujo y reflujo, se fundan entre sí,

—que los sentimientos se viertan en las producciones intelectuales, que las sensaciones acudan al llamamiento de la imaginación, que ésta vuele en pos de la inteligencia, el que la acción se dibuje ya en la idea, que ésta engendre la pasión y la pasión la vida ideal y perfecta— todo eso es la unidad y la multiplicidad del alma bergsoniana, el principio que justifica las metáforas, el manantial de toda poesía, de todo arte, de todo conocimiento. Esa es la tesis que la filosofía moderna proclama; el hecho que explica nuestra responsabilidad por todo lo que somos, por lo que hemos sido y por lo que seremos. Esa unidad, esa multiplicidad es el Hombre, es su Libertad, es lo que engrandece y ennoblece al Hombre por sobre todos los demás seres del universo. Ello en una palabra es lo que nos da nuestra personalidad. Es la que, por hallarse plenamente cumplida aquí en estos claustros, le da a nuestro Colegio el timbre y la gloria de que tanto se precia. Esa Unidad y esa multiplicidad es la que constituye el alma de toda nación; es la que hace de un Inglés un verdadero Inglés, cualquiera que fuere el punto en que se encuentre.

Y aquí nos dice Bergson: «queréis ser felices y perfectos?» Pues nada más sencillo: Observad vuestra conciencia, estudiad su hermosa Unidad. y obedecédle; así obtendréis el ansiado triunfo, porque «a la naturaleza se la domina obedeciéndole». Ved esa unidad: unidad que consiste en utilizar, dominando, no destruyendo, nuestra vegetalidad; Unidad que levanta para ennoblecer, no para destruir, nuestra animalidad: unidad que consiste, no en abajar la espiritualidad a la animalidad, sino en elevar la última al rango de la primera, porque «la nivelación no se hace de arriba hacia abajo, sino de abajo hacia arriba». —Bergson nos enseña así a ser artistas de nosotros mismos— mostrándonos que la personalidad tanto individual como nacional se debe buscar en la

Unidad de la Conciencia. Bergson es un Francés que nos enseña a ser colombianos.

Pero sigamos a Bergson en su Introspección.

Penetrando más en su interior, en las regiones del crepúsculo, del ensueño, allí donde brota el raudal de nuestro Yo, donde todo palpita sin tropiezo, se descubren horizontes sin espacio, sin número. «Allí... se aprecian la conciencia como una pura unidad dinámica: universo único de elementos absolutamente indiferenciados como la materia primitiva en el seno de la nebulosa que produjo el mundo. Sensaciones, sentimientos, emociones, tendencias afectivas que apuntan, algunas imágenes fugaces como parpadeos, todo ello se revuelve y se funde como bajo la mirada de un solo ojo cuya visión panorámica flotara sobre las olas tormentosas de un mundo que renace».

Profundiza más Bergson. Ya no nos atrevemos a seguirle porque nos faltan las fuerzas. Pero le vemos desde lejos, y por sus ademanes comprendemos que ya no encuentra distinciones; nos cuenta luego que allí puede uno entregarse a sí mismo, que entregándose a sí mismo cae uno en el fondo de la realidad, se abandona uno a la alegría del devenir. Ya no se sabe si se ven sonidos, si se saborean perfumes, o si se oyen colores. Yo soy Yo, pero, como no hay interés, puedo también decir, con una frase un poco más absolutista que la de Luis XIV: «El universo soy yo». No me importa esto o aquello concreto, no me importa que no me diferencie expresamente del No-yo.

Quien así haya logrado internarse en sí mismo, convirtiéndose, aun cuando sea por un instante, en un ser verdaderamente «interior» y «profundo», descubrirá bajo la más nimia apariencia, raudales de riqueza insospechada. Ha trabajado, y el premio de su trabajo será la Intuición. Pero antes de hablar de la Intuición debemos resumir la teoría bergsoniana de la percepción.

Percepción

Comprendida así la Conciencia, fácil será estudiar y comprender la teoría de la Percepción.

Ante todo, observemos que Bergson distingue:
a) una percepción natural, ingenua, propia del Buen Sentido, y que es la base de lo que más tarde se llamará Intuición; b) una percepción, o más propiamente «concepción», cuya facultad es el Sentido Común; c) Intuición. Conocimiento integral, en donde el Yo se apodera de la cosa, ésta de aquél, para fundirse en un solo movimiento, en una misma vida.

PERCEPCION NATURAL.—Ya vimos que todo lo que cae en la profundidad de la conciencia repercute en todos sus ámbitos; hay un momento de ingenuidad y de candor en que nos sentimos la cosa misma, como la estatua de Condillac, que decía: «Yo soy color de rosa». En ese momento el Yo es la cosa, y la cosa es el Yo. En ese momento no proyectamos nada al exterior, ni tampoco nos encerramos en el castillo inexpugnable de Königsberg. Fluctuamos y palpitamos en acorde perfecto Yo y No-Yo.

EL BUEN SENTIDO nos suministra IMÁGENES; veamos qué entiende Bergson con esa palabra. La imagen para él es el primer fulgor de un relámpago de existencia consciente, «en que el acto coincide con el acto generador de la realidad». No recordemos ahora lo que sepamos o hayamos aprendido de qué es imagen. Demos una mirada ingenua, candorosa, sin un fin egoísta, e inmediatamente aparecerán las imágenes, las cuales no son representaciones, sino más bien «apariciones» o «presentaciones»; no son retratos de una realidad externa; ni reflejo de un exterior en un interior, ni proyección de un Yo sobre un No-yo; son sencillamente apariciones vividas; no nos distinguimos de ellas, ni ellas se distinguen de nosotros; no son ni subjetivas ni objetivas; son simplemente presentadas sin la reflexión que desdobra y disuelve nuestra conciencia.

Tal es la Percepción que Bergson llama «natural», indicando así que nace del íntimo del yo y que es obra del Buen sentido, que no razona, pero que no se equivoca.

PERCEPCIÓN USUAL.—Pero no es la vida práctica el ejercicio del candor y de la ingenuidad. Ya se ha dicho: «Primum vivere, deinde philosophare», que Bergson traduce: «La especulación es un lujo, mientras que la acción es una necesidad».

Si el BUEN SENTIDO nos da un comienzo del verdadero conocimiento, el SENTIDO COMÚN, su constante enemigo, lo echa a perder todo con su utilitarismo ramplón y bastardo. Basta que el sentido común toque una imagen para que esta quede empañada y alterada. Cómo? al presentársele varias imágenes, él acentúa las que le convienen, las más fuertes; debilita las contiguas, recorta despiadadamente los contornos, para poder apoyarse en esos pilotes gruesos y ordinarios con la sola mira de una ACCIÓN.

Varias son las RAZONES DE ESTE RECORTE.

A) Generalmente el conocimiento *no es desinteresado*; obramos más que pensamos; y convertimos nuestras facultades, no en aparatos de observación científica, sino en máquinas de guerra en la «lucha por la existencia».

B) En la mayoría de los casos *no conocemos sino aquello que queremos conocer*, y así muchas veces, al estudiar un libro no leemos en realidad, sino que inferimos y adivinamos lo que en él se nos dice. La vida a lo Yankee no nos permite ver en las cosas sino «etiquetas».

C) Muchas formas teóricas se interponen entre las cosas y nosotros, y hacen que las clasifiquemos en nuestro entendimiento como un librero coloca sus volúmenes en los anaqueles. De suerte que al poco tiempo somos bibliotecas animadas y ambulantes. Indudablemente ello facilita la vida, pues basta espichar un botón para

que salte como por encanto un esquelético razonamiento, que nos sacará de un apuro.

D) No hay para qué hablar de los incontables *recuerdos que tapizan la superficie del Yo*, los cuales le dan al conocimiento un tinte amanerado y muchas veces contradictorio.

En *Materia y Memoria* hace Bergson derroche de ejemplos y argumentos para probar que nuestro conocimiento ordinario es un recorte interesado y que en él se obra por *via de disminución*.

Tal es la Percepción USUAL obra del SENTIDO COMÚN.

Intuición

Hemos visto cómo el buen sentido nos suministra ya un esbozo de conocimiento verdadero: vibraciones, cualidades, cuerpos, imágenes vívidas. Hasta allí no hemos adquirido lo *real*, pero sí algo de real. Lo real absoluto se adquirirá soldando todos esos pocos, para fundirlos, convirtiéndolos en un solo haz luminoso y ardiente. Para ello hay que romper con el Sentido común, quitar las barreras que él nos opone, con el fin de mezclarnos con ese mundo brillante, agitado, en el que las cualidades, los atributos, las potencias, todo se revuelve en amedrentador torbellino, y obtener así una simpatía, un acorde, un ritmo unísono entre el Yo y el No-yo, y por una mirada simple y de conjunto agotar toda la cognoscibilidad del objeto y del mundo entero.

Ello no quiere decir que prescindamos de la experiencia; al contrario, eso es extenderla al todo, es hacerla integral, es quitarle los diques de la acción para que se desborde como un torrente, se difunda y empape y penetre a todas las reconditeces del terreno, se filtre para que así *sienta* la realidad en todas sus palpitaciones, en toda su profunda riqueza.

Un ejemplo de Intuición nos dará una idea siquiera mediana de lo que quería Bergson que fuera el cono-

cimiento y de la gran comprensión que este filósofo tenía de muchas cosas, y de los inmensos horizontes que abre al pensamiento filosófico y sobre todo al pensamiento artístico, que encuentra en Bergson al Filósofo Poeta:

Observad, por ejemplo, la diferencia radical que existe entre el estudio teórico y de gabinete del mecanismo, las piezas y el funcionamiento de una locomotora, y la aplicación vívida que de ella hace el maquinista. El la conoce en sus resoplidos, la conoce en sus goznes, en sus resquicios, en su conjunto, la ama, la cuida, la contempla por todos sus aspectos, sabe cuánto carbón debe cargársele, qué palanca debe moverse, cómo y cuándo, y la máquina, que parece comprenderlo, le devuelve agradecida sus cuidados en un servicio suave, eficaz, sumiso. Y eso por qué? Porque ha llegado un momento en que el maquinista y su máquina han formado como un solo organismo, un solo sér, un solo movimiento, una sola vida. Se ha verificado una INTUICIÓN.

¿Y qué ocurre con este sagrado Claustro? ¿Por qué le amamos tanto sus alumnos? ¿Por qué lo que a él se le haga en mal nos duele tanto? ¿Por qué nos encolezamos si se le ofende? ¿Por qué amamos sus muros vetustos? ¿Por qué acariciamos esas lápidas queridas de los próceres nuestros? ¿Por qué llamamos a este techo Casa nuestra? ¿Por qué? porque el Colegio es nosotros y nosotros el Colegio, porque nuestro sér, y el sér de todos los rosaristas, se ha embebido en sus muros, porque las grandezas suyas se reflejan pródigamente sobre las almas de todos sus alumnos, porque él y nosotros somos una misma cosa, porque tenemos del Colegio la intuición bergsoniana, que luégo habrá de dilatarse por toda nuestra amada Colombia.

¿Y qué sucede con la belleza artística? Oigamos una melodía, una armonía, qué nos pasa? qué palpamos, qué aprendemos? qué captamos? aparentemente, nada. Eso

nos responde el sentido común, utilitario, que quiere siempre poseer algo espaciado, numerado. Pues se equivoca, porque, muy al contrario, poseemos toda la música. Cuando escuchamos una pieza musical, no nos detenemos, no analizamos sus notas, no nos circunscribimos a instrumento alguno. Todo nuestro sér se conmueve, se agita, se dispone, se abandona, y, sin advertirlo, sin reflexionar, sin pensar en nosotros, sin pensar en el autor, sin pensar en el instrumento, ni en las notas mismas, nos dejamos arrastrar por las fluctuaciones, por los ascensos y descensos, los altos y los bajos, por la rapidez o la lentitud. ¿Qué ha sucedido en ese momento? nuestra alma toda entera flota como flotaba la del compositor, por el piélago apacible, sereno, arrobador de la Estética. Vivimos la música, nos asimilamos a ella y ella se asimila a nosotros. La onda musical nos mece, nos trae y nos lleva y nosotros la conducimos, la aligeramos. Esa es la INTUICIÓN DE BERGSON.

¿Por qué los verdaderos artistas son neurasténicos? Porque constantemente se ven presa de la Intuición; porque no se poseen; porque su vida es pura sensibilidad, afectividad, porque viven, no la vida ordinaria, no la vida del sentido común que tenemos nosotros, sino una vida de realidad en que se entregan por completo a la realidad por medio de la Intuición bergsoniana. Ellos se olvidan de sí mismos, se entregan al ideal, viven su ideal y mueren por él.

Bogotá, julio de 1934.

TOMÁS LOMBO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico